

EL CORREO DEL NORTE

Diario Regional Tradicionalista

No se devuelven los originales

FRANQUEO CONCERTADO

SUSCRIPCIÓN

España: Trimestre, 4 pesetas.—Semestre, 8.—Año, 16.—Extranjero, 34.
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS

Redacción y Administración

TELEFONO, 274 **Oquendo, 9, bajo.** APARTADO, 54

INSERCIÓN

En 1.ª plana, 1,25 pesetas línea.—En 2.ª, 3.ª y 4.ª, precios convencionales.
Esquelas de defunción desde 10 pesetas en adelante.

Impresiones de la guerra

Hasta hoy no llega a nuestro poder el presente artículo, y por esta causa no se ha publicado antes de los ya insertos con el título «En el frente austro-italiano».

Intermedio vienes

De Tarnow, a Cracovia. De Cracovia, a Berlín y Viena. Cuatro o seis días aquí. Un almuerzo en honor del capitán Kliezew, tan amable para todos nosotros. Y los camaradas de viaje, que sólo conservamos recuerdos agradables unos de otros, nos separamos. Dios sabe si para no volvernos a ver. Los militares suecos se van a su país. A Holanda, Terno-ren; Negruzzi, a Rumania. Yo me propongo ir al frente italiano.

Viena es ahora, como siempre, la ciudad de la indolencia y de la elegancia. Y la guerra no ha hecho sino añadirle un encanto más, dar un interés noveloso a las mujeres que van del brazo de los oficiales, reavivar la sugestión retrospectiva que emana de sus parques, de sus iglesias históricas, de sus palacios, en los que se han fraguado tantas tragedias y tantas intrigas amorosas y diplomáticas. Pero la aristocracia, la ligereza, la gracia de la ciudad, lejos de disminuir, parecen depuradas y afinadas por la melancólica gravedad que pesa sobre todos los países en guerra, por la presencia de los soldados convalescentes, por el eco de las canciones marciales que dejan en el aire los regimientos que pasan...

Y lo primero que sorprende al viajero es la unanimidad en la certidumbre del triunfo final que muestran todos los vieneses. Las enormes victorias de ahora aumentan su confianza; pero los reveses de la campaña de invierno no la habían quebrantado: hasta los menos optimistas conocían demasiado las reservas de energía que el Imperio conserva, y tenían idea de su potencia militar inexhausta, para no presumir, más o menos vagamente, el resultado de la retirada del Ejército hacia las gargantas de los Cárpatos. Y esta unanimidad, esta confianza, no han sido lesionadas por la intervención de Italia tampoco. La verdad es que al Ejército italiano—justa o injustamente, yo lo ignoro—no se le concede gran importancia aquí. Lo que interesa es presagiar a los rusos sin descanso, expulsarlos del territorio austriaco que aun ocupan, arrebatarles su marcial de guerra, reducirlos a la impotencia. Sin tregua va esto lográndose. Y cuando una porción de esta vasta hueste austriaca, aguerriada en diez meses de lucha, exaltada por la victoria sobre el más grande de sus enemigos, descienda hacia las tierras del Sur, será cuando para el Ejército italiano—deleznado ahora ante la barrera de los Alpes—comenzará la verdadera guerra.

De todas estas cosas se habla en Viena con más serenidad y tranquilidad que en Madrid. En el ministerio de Relaciones Exteriores, en el de la Guerra, en los teatros, en los «restaurants», en todos los medios sociales, no he oído hablar sino de manera mesurada. En el ministerio de Relaciones Exteriores el consejero Mr. de Montlong figuró en la Embajada austriaca que tomó parte en la conferencia de Algeiras y habla español admirablemente. Y cuanto yo solicito ir al frente italiano, me dice:—Voy a ponerle a usted en relación con el ministerio de la Guerra, y desde luego le anticipo que será usted autorizado para ir a la zona de operaciones. Si no tuviera usted otros títulos de presentación, su sola condición de periodista español bastaría para que fuera usted bien recibido.

Esta misma cortesía y facilidad he encontrado en todas partes. Muchos de los oficiales del Estado Mayor con quienes hablo conocen igualmente bien el castellano.

—Ahora —les digo—yo quisiera celebrar una entrevista con el generalísimo.

—¿Con el archiduque Federico?

—Sí, señor.

El oficial vacila un momento sonriendo:—¿Usted sabe que Su Alteza no ha recibido a ningún periodista?

—Lo supongo. Por eso mi gratitud será infinitamente mayor si accede a recibirme.

—Es imposible.

—¿No hay medio siquiera de intentarlo?

Vacilación. Desaparece un instante para celebrar una pequeña conferencia.

—Hay un medio—me dice al salir—, pero completamente inútil. Escriba usted la petición a Su Alteza; nosotros la cursaremos hoy mismo. Mañana habrá una respuesta telefónica. No creo que la contestación sea afirmativa; pero a lo menos usted verá que hemos hecho todo lo posible por complacerle.

Me voy a escribir la carta.

Con la pluma en la mano, dándole vueltas, véome ahora ante el empeño epistolar más difícil de mi vida: se trata de ser, en una hoja de papel, elocuente y conciso al mismo tiempo, de buscar las palabras que interesen y el tono adecuado a este gran personaje, que no conozco... Doy fin a mi tarea, no satisfecho, pero seguro de no saber mejorarla. Y entrego la carta en el ministerio, casi convencido de que el generalísimo no echará la vista sobre ella.

Siempre acompañado de «Danubio», nuestro excelente compañero el responsable de «A B C» en Viena, voy al Comité de la Prensa extranjera, cuyo presidente nos honra del mejor modo posible al alzar su copa por España y por «A B C». Aun tengo tiempo de hacer algunas visitas y de gustar, por mil detalles, en el trato de las gentes de todas clases, la seducción de una ciudad donde una gran corte reside desde hace siglos, no sólo su variedad en todos los matices, que discreción, qué blandura en todos los resortes de la vida.

En esta noche de Junio, Viena se perfuma, como una mujer, con la fragancia de sus jardines. Seguramente hay menos hombres que en tiempo de paz, y por contraste, abundan las siluetas femeninas. Y con «Danubio»—de quien

si yo tuviera algún punto de comparación con el Dante diría que ha sido aquí mi Virgilio—voy a un «restaurant» situado en los jardines del Palacio Imperial. Todo está iluminado profusamente. Hay muchos oficiales en uniforme de campaña. En un quiosco, la orquesta de Franz Lear ejecuta los valse nuevos. Deteniéndose a veces para saludar a las damas, lentos y displicentes, para un hombre alto y flaco, el rostro rasurado, pálido, azulado.

—Oscar Strauss—me dice nuestro compañero. Y hasta mi impaciencia y mi inquietud por el resultado problemático de mi tentativa se atenúan en este ambiente. La epidemia de los escotes femeninos hácese más blanca aún a la luz de los arcos voltaicos. No parecen alinearse el rostro las mujeres, ni hay el menor esfuerzo en su elegancia, que es espontánea, como la de los felinos. Y en seguida distinguimos a las vienesas, rubias y sueltas, de las polacas, menuditas, todas movilidas, y ritmo, y gracia; y más aún de tres o cuatro húngaras, llenas de joyas, jóvenes, de aire bravo; mujeres morenas, cuya cabellera negra muestra reflejos azules, y cuyos ojos oscuros tienen un modo imperativo de esdrújular y desear en un instante las almas de los espectadores...

Cuando al día siguiente me dirijo al ministerio de la Guerra voy convencido de que me aguarda una negativa, y de antemano me la razono y justifico.

—¿Por qué ha de recibirme a mí, periodista de una nación lejana apartada de la lucha y resueltamente neutral, el generalísimo austriaco? Las enormes responsabilidades que pesan sobre él, la multiplicidad y complejidad de sus funciones, la importancia de su personalidad ante los contemporáneos y ante la Historia, le han hecho negarse a toda conversación con periodistas de otros países. ¿Qué razón hay para que haga conmigo una excepción?

Y resignado anticipadamente, me prometo a mí mismo recuperar para lo sucesivo este sexto sentido, tan importante, que se llama el sentido de la medida. Pero cuando entro en el ministerio y hago pasar mi tarjeta, el oficial de ayer viene hacia mí tan diligente y risueño, que yo advino al instante, antes de oír la buena noticia, antes de oír:—

—Aquí tiene usted el telegrama—me dice. Y yo veo la hoja de papel escrita en alemán, fechada en la ciudad donde se halla el archiduque, firmada por el general Höen. Tiene muy pocas palabras:

«Puedo venir cuando guste. Su Alteza le recibirá personalmente.»

Mi visita al Archiduque

Hasta la ciudad donde se halla el archiduque hago el viaje en el mismo tren en que sale campaña nuestro agregado militar en Viena, comandante Villabrilie. Sólo él y el agregado militar búlgaro van a la zona de operaciones. Requiere para ir en esta dirección, numerosas formalidades y revisiones de nuestros papeles. Pero al llegar a nuestro destino, todo se simplifica por la presencia de un oficial que me aguarda en la estación, y que para encontrarme pronuncia mi nombre en voz alta.

Debo emitir, contra mi costumbre, el nombre de la ciudad. Baste decir que no está muy lejos de Cracovia, y que un río, menos pródigo en agua que en guijarros, la atraviesa. Es una población grande, capital de provincia, rodeada de colinas y de profusas arboledas. Y aquí está instalado el Cuartel general y reside el archiduque, en un castillo de su pertenencia, que acaso algún lector o lectora conozca. Yo llevo el sábado por la tarde.

—Mañana, a las nueve y media—me dice el oficial—, vendré a buscar a usted y le acompañaré al castillo. A las diez le recibirá S. A.

Por la estación pasan a cada instante trenes de material de guerra con dirección a los campos de batalla, o de refuerzos de víveres. Los automóviles del Estado Mayor atraviesan las calles con frecuencia. Envueltos en sus capas plomizas o en sus impermeables, van y vienen en grupos los oficiales. Y al anochecer, en la plaza, las señoritas de la ciudad pasean con sus trajes nuevos.

Por la mañana, el oficial viene a buscarme a la hora convenida. El castillo archiducal está en la falda de una colina que domina la ciudad. En la rampa hay un cuerpo de guardia. Y en la portada del Palacio, cuatro o seis policías que, por última vez, con toda deferencia, examinan mis papeles. Pasamos bajo una bóveda y los hallamos en el jardín, que asciende suavemente por la colina, cubierta de bosque. En lo alto del fondo, está la capilla del castillo, y en último término, asomando sobre las frondas, una torre cuadrangular, con un gran reloj, coronada de almenas. En todas las plazas y pasadizos hay centinelas. Y en la puerta, conversando animadamente, un grupo de oficiales generales, entre los que en seguida descubro al archiduque, que alguna vez he visto en fotografías. Todos llevan el uniforme de campaña, y algunos, como el generalísimo, en vez del calzón plomizo, un pantalón de dril, sin ningún distintivo, y en todo semejante a primera vista a los oficiales que uno encuentra por la calle.

—¿No es verdad que el feldmarschal está muy joven y vigoroso?—me pregunta mi acompañante.

—Evidentemente.

—Aquel otro señor vestido de paisano es nuestro último embajador en Rusia.

Me dice los nombres de los demás personajes, generales austriacos y alemanes. Y el grupo se dirige hacia la capilla en este instante.

—Vaa a oír misa—veinte minutos—y seguida será usted recibido.

Aguardamos sentados en un banco rústico, bajo los árboles, porque el sol ha salido y calienta, después de un día de lluvia. Al fin, el grupo de generales sale de la capilla, y luego de unos minutos de conversación se separa del archiduque, que entra en Palacio seguido de sus ayudantes. Tras ellos vamos nosotros, hasta buscar el aposento de un capitán que ha de llevarnos a la presencia del generalísimo. En todos los corredores hay ordenanzas, que se levantan a nuestro paso, y dos o tres domésticos civiles, aunque también uniformados y con cierto aire militar. Y en casi todas las

puertas, carteles con expresión del nombre y grado de la persona que ocupa la estancia. Sin más ceremonia ni espera, el capitán me dice:

—Sígame usted.

Pasamos por nuevas galerías. Entra un instante en una saleta, y en seguida me hace señas de avanzar y se retira. Y ahora, solos en la cámara, que las persianas dejan en fresca penumbra, el archiduque avanza hacia mí, sonriente, y me estrecha la mano con efusión que me confunde y emociona.

—¿Quiere usted que hablemos en francés?—me pregunta.

—Si Vuestra Alteza lo permite...

Hay cosas que no pueden simularse ni ocultarse y la satisfacción del triunfo es una de ellas. Yo la advino en la expresión, en el rostro, en el gesto de mi interlocutor. El archiduque se expresa con viveza juvenil. No es muy alto. Parece en la plenitud de la madurez. Tiene el pelo gris y unas patillas como el Emperador Francisco José. Y mientras me habla yo advino su mirada penetrante, sagaz, instrumento con que los personajes de su rango saben examinar y desnudar las almas en un instante.

—No sé cómo agradecer a Vuestra Alteza—le digo—este honor excepcional que hace a «A B C» en la persona del más modesto de sus redactores.

—Le he recibido a usted—me replica—por cariño a España y por simpatía a «A B C». ¿Sabe usted que cuando estoy en Madrid, y a veces en Viena, leo su periódico...? Y ahora, ¿viene usted de Madrid?

—No, señor; vengo de Berlín. O, mejor dicho, de recorrer casi toda la Galitzia, hasta cerca de Przenysl, con un oficial del Estado Mayor alemán.

—¿Se ha dado usted entonces cuenta de la magnitud y del resultado de nuestras operaciones?

—Sí, Alteza.

—¿Ha visto usted los prisioneros que hemos hecho, el material de guerra que hemos recogido al enemigo, la extensión de territorio que hemos reconquistado, las ciudades y pueblos que hemos recuperado, y, sobre todo, la obra de nuestros ingenieros militares?

—Me he dado cuenta y he tratado de informar al público español en una serie de artículos que son un reflejo fiel de la realidad.

—Pues aquí podrá usted ver todo lo que quiera. Yo daré ordenes para que le sean proporcionadas todas las facilidades si desea volver a la zona de operaciones.

—Me gustaría ir al frente italiano.

—Yo hablaré con el general Höen, y él dispondrá lo necesario para que pueda usted efectuar esa excursión.

Su Alteza me habla aún de los próximos movimientos; pero al final me recuerda, sonriendo que hay cosas que no se pueden decir en los periódicos.

Todavía otro párrafo acerca de extremos que para el lector no ofrecen interés.

—Yo tengo absoluta confianza en el resultado final de la campaña—acaba diciéndome el archiduque—, y esta confianza no se ha empañado ni un instante a través de las asolaciones inevitables en una guerra como ésta. Hasta físicamente, mi salud ha permanecido inalterable. Ni un dolor de cabeza he tenido en los once meses de campaña. Y ahora que tenemos vencido al enemigo, menos que nunca.

Con esto va a terminar nuestra visita.

—Tengo todavía una merced que pedir a vuestra Alteza—le digo.

—¿Y es...?

—Desearía ser recibido por S. A. el archiduque Eugenio.

—Yo me ocuparé de eso—asiente.

—Vuestra Alteza ha querido demostrarme que su bondad excede a mi atrevimiento—le digo al despedirme.

—No. Lo que he querido es probar, de la única manera que tengo ahora, la consideración y el afecto que me inspira el hermoso país de usted—me replica gentilmente.

Al salir, los ordenanzas se cuadraron a mi paso, y los fámulos, que me han visto permanecer en la sala archiducal largo rato, me hacen profundas reverencias, imaginando tal vez que soy algún personaje misterioso e importante.

Voy al Estado Mayor general, donde debo saludar, en nombre de un amigo de Madrid, al comandante Kund, y al terminar esta graja visita encuentro de nuevo a nuestro agregado militar, señor Villabrilie, a quien explico someramente mi entrevista al generalísimo.

—Yo salgo hoy mismo hacia la zona de operaciones—me dice.

—Pues buena suerte y hasta la vista.

En la plaza de la ciudad, rodeada de arcadas viejas, y cuyo centro ocupa una fuente monumental, con una Virgen dorada, hay mucha gente. Oficiales que pasean, ordenanzas, reclutas nuevos que llevan ramos de flores y cintas de seda negras y amarillas—los colores de Austria—en el sombrero; burgueses, señoritas que salen de misa o van a la de las doce, para la que ya suena un persistente campaneo. El cielo es tan azul como el de España. Y como dentro de mi espíritu es también fiesta, sólo en medio de la multitud pintoresca, en la que a nadie conozco, infantilmente me dejo ganar por la ingenua alegría de esta mañana de primavera.

Viena, Julio de 1915. Juan PUJOL.

EN ALTA MAR

Buque sospechoso

El vigía del puerto de Pasajes, vió anteayer a unas nueve millas de la costa y en pleno día un barco de alto porte que venía con rumbo de Bayona y con bandera española, hacer señales extrañas.

Creyendo podía auxilio, lo comunicó al puerto y minutos después salió el contramaestre de Pasajes con personal a sus órdenes en el vaporcito «Escarpia».

Al aproximarse este al buque que se suponía podía auxilio vieron los del «Escarpia» que los tripulantes del barco arrojaban al mar fardos y cajas. Creyendo arrojaban lastre por causa de una avería a bordo se aproximó ya más

y continuaron observando que seguían cayendo al mar más fardos y cajas.

Cuando el vaporcito se hallaba a poca distancia del barco sospechoso, este forzó la máquina y se alejó, sin contestar a las señales que le hacían los del «Escarpia».

Recogidos los fardos y cajas que flotaban en el agua, fueron conducidos a tierra y más tarde trasladados a la Aduana, donde reconocidos, se comprobó que era un importante contrabando de tabaco.

Las cajas contienen 75.000 cigarros puros y los fardos 241 libras de picadura de tabaco.

Carreras Militares

PREPARACION A CARGO DE DON JOAQUIN USUNARIZ

CAPITAN DE ARTILLERIA

Academia de Matemáticas

Fundada en 1901

Buen Pastor: 18, 1.º

Matrícula: 9 a 12

Ultima convocatoria: cuatro alumnos ingresados.

El Frontón Municipal

Sobre un acuerdo

Ha dado ocasión a que se trate en la prensa local, un acuerdo del Ayuntamiento de San Sebastián referente al modo en que los acreedores del Frontón Municipal de Atocha han de hacer efectivos sus créditos, tan pronto como dicho Frontón sea puesto en explotación, quedando un remanente para el Ayuntamiento y la Junta de Beneficencia.

Para nosotros ese acuerdo de la Municipalidad estaba inspirado en principios de equidad y justicia pues tendía a que los acreedores, el Ayuntamiento y la Beneficencia, pudieran ingresar en sus respectivas Cajas cantidades que hoy no perciben.

Pero es el caso que este acuerdo no puede ejecutarse, por haberse entablado un recurso contra el mismo a nombre de una persona que solicitó el arrendamiento del Frontón en condiciones que no fueron aceptadas por el Municipio.

La prensa local se lamenta de que este estado de cosas, viene en daño de la Beneficencia tan necesitada de recursos y pide que en atención a esto, se dicte cuanto antes la resolución gubernativa, puestas que ya la Comisión Provincial informó desfavorablemente en el recurso de alzada.

«La Crónica» en su número de anoche, tercia con su opinión en este debate y sostiene un criterio erróneo, a nuestro entender puesto que asegura que el Gobernador puede establecer separación de productos de la explotación señalando cuánto han de percibir los acreedores y cuanto la Beneficencia.

Entendemos nosotros, que el Gobernador no tiene facultades para obrar tal como «La Crónica» espera, pues dicha autoridad no está facultada para reformar ni en todo ni en parte el acuerdo municipal, sino que su acción se limita a declarar si está tomado con arreglo a la ley y en este caso confirmarlo, o revocarlo si carece de requisitos legales.

Si se llegase a lo que «La Crónica» dice, nos encontraríamos con una limitación que si en las provincias de España no aforadas la ley no tolera, lo será mucho menos aquí, donde esas funciones están exclusivamente reservadas a las Diputaciones Provinciales.

Bien está que se resuelva pronto el asunto en el Gobierno civil, pero sea ello con arreglo a la ley como es de esperar de un gobernador tan digno como el señor Marqués de Atarfe, que encaminará todas sus buenas intenciones y su inteligencia en administración a que la resolución se ajuste en un todo a la ley, o sea sin entrar en el fondo del asunto.

Bilbao

(Por teléfono)

Bilbao, 6-3 t.

En el expres ha llegado el director general de Comunicaciones señor Ortuño, siendo recibido por el presidente de la Diputación, diputados, alcalde, etc.

Viene a inaugurar la línea telefónica provincial.

En el Club Marítimo de Abra fué obsequiado con un banquete de 24 cubiertos.

Mañana marchará a Guernica y luego a Vitoria para regresar de nuevo a Bilbao.

CON SANCHEZ GUERRA

Desórdenes en Barcelona

(Por teléfono)

Madrid, 6-3 t.

Sánchez Guerra al recibir a los periodistas dijo que había conferenciado con el gobernador civil de Barcelona durante hora y media, tratando de los escándalos ocurridos ayer en la ciudad condal, con motivo del mitin celebrado por los radicales.

El mitin se desfiló con tranquilidad hasta que habló el diputado Guerra del Río, quien abordó el problema de la guerra diciendo que la neutralidad es una cobardía.

Ante estas manifestaciones el delegado de la autoridad se vió en la necesidad de suspender el mitin ordenando que se desalojara el local.

Al retirarse el delegado se encontró con que había sido cerradas todas las puertas. La policía que rondaba por los alrededores res echó las puertas abajo.

Hubo palos y botetadas, se dieron cargas, y se oyeron algunos disparos resultando herido un agente.

Guerra del Río fué detenido. Hoy reina calma. El gobernador ha marchado inmediatamente a Barcelona.

Habló el ministro del incendio declarado en el Gran Hotel de Santander, que no tuvo tanta importancia como se creyó en un principio,

Notas de la jornada

De Miramar

La infanta doña Isabel salió a las diez de la mañana en automóvil, con su dama, la señorita de Beltrán de Lis, y su secretario tesoro señor Coello, dirigiéndose a Puenteherabia, de donde regresó a las doce y media.

A esta hora, fué cumplimentada por la vizcondesa de la Alborada, la señorita de Gaytán de Ayala, el general marqués de Santa Elena y la marquesa de Prado Alegre.

Según anticipamos, la infanta Isabel saldrá mañana, después del almuerzo, en automóvil, para Burgos.

El gobernador civil, señor marqués de Atarfe subió al mediodía a Miramar y cumplimentó a doña María Cristina y a la infanta doña Isabel.

Según nuestras noticias no es verdad que la Reina haya pensado en efectuar un viaje al Ferrol.

El ministro de jornada

El señor marqués de Lema no subió hoy a palacio por impedirle la necesidad de despachar asuntos de su ministerio en los que trabajó durante toda la mañana.

Al recibir al mediodía a los periodistas nos manifestó que según le telegrafian de Lisboa continúa reinando allí tranquilidad, a pesar de lo cual se adoptan por el gobierno energicas precauciones para evitar que el orden sea alterado con ocasión de la elección de presidente de la República.

Parece que quien hasta ahora lleva más probabilidades de ser elegido es Bernardino Machado.

De Berlín han telegrafiado al señor Ministro de Estado dándole noticia del fallecimiento del padre del agregado militar a la embajada de Alemania en España, señor Kalle.

El marqués de Lema transmitió la triste nueva al referido agregado militar.

Conferenció el ministro de jornada con su colega el de Marina, que como es sabido se halla en Santander.

El general Miranda le dijo que no ocurría novedad.

Por la tarde se proponía el marqués de Lema conferenciar telefónicamente con el presidente del Consejo de ministros.

Por la noche

El marqués de Lema recibió ayer un telegrama del presidente felicitándole, con motivo de celebrar su fiesta onomástica y participándole que permanecerá en Santander hasta el lunes próximo.

El gobernador civil de Barcelona comunicó al ministro que había recibido cantidades donadas por Alemania para las víctimas de Lieja.

Las noticias que de Portugal recibió el ministro seguían acusando tranquilidad.

El señor Dorrego ha renunciado el acta de diputado porque el Parlamento no ha concedido gracias ni pensiones para los marinos.

GRAN CASINO

Hoy sábado, 7 Agosto

Concierto artístico

A las cinco de la tarde

Mademoiselle PECZENIK

Pianista

Notas oficiales

En la alcaldía nos fué facilitada una estadística de los servicios prestados por la guardia municipal durante el pasado mes de Julio.

La falta de espacio nos impide ocuparnos hoy de ella en todo su detalle.

Fueron recogidas hoy para su examen 52 muestras de leche destinada a la venta en nuestra ciudad.

De ellas resultaron defectuosas cuatro, a cuyos dueños impuso el alcalde la correspondiente multa.

Varios particulares se han dirigido al alcalde solicitando autorización para que el domingo por la noche puede ejecutar una banda de música en la plaza de Bilbao.

El alcalde teniendo en cuenta los peligros que para la aglomeración de público constituyen los tranvías y numerosos carruajes que por allí circulan, ha pedido informe al jefe de la guardia municipal antes de otorgar la autorización solicitada.

Santander

(Por teléfono)

Santander, 6-5 t.

de la Magdalena, a dar cuenta a D. Alfonso de la marcha de los sucesos interiores y exteriores.

Ha hablado por teléfono con Sánchez Guerra que le ha dado noticia de lo sucedido en el mitin radical de Barcelona.

También ha hablado con el marqués de Lema. Por la mañana don Alfonso estuvo en el Sardinero.

El incendio del Gran Hotel no ha sido de consecuencias. Hubo gran alarma.

Vinos finos de mesa

RIOJA PALACIO

Cosme Palacio y Hermanos.—Bilbao